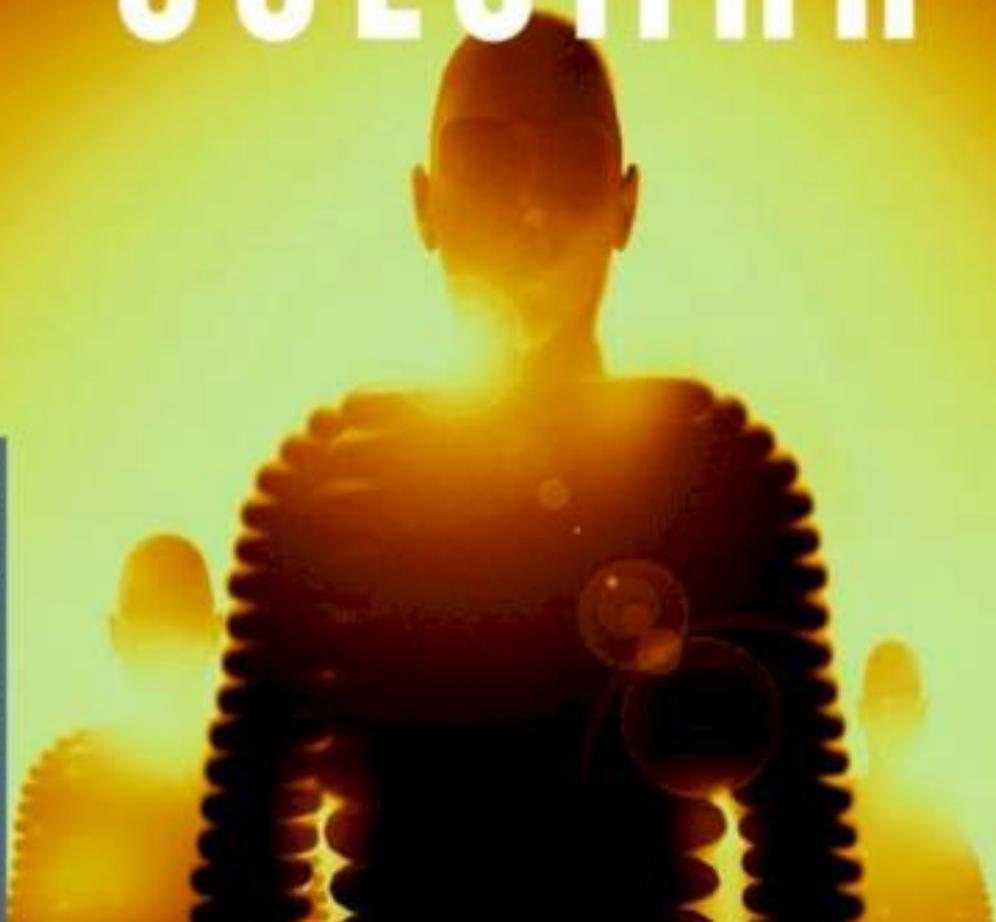


J.J. BENÍTEZ

LA QUINTA COLUMNA

Los Humanoides (2)



La punta del iceberg, primer volumen de la serie *Los Humanoides*, apareció en 1983. En estos siete años J. J. Benítez ha permanecido misteriosa y anormalmente «mudo» en lo que a su «hijo literario» favorito se refiere: los ovnis. ¿Por qué? En *La quinta columna* (1990) el polémico escritor revela las razones de tan dilatado y enigmático «silencio».

Y con el presente trabajo, además de sacar a la luz parte de sus continuas investigaciones «de campo», el autor de *Caballo de Troya* se aventura en el arriesgado capítulo del «compromiso personal». Sus hipótesis y reflexiones agitarán los ánimos de los seguidores, haciendo rechinar de dientes a escépticos y detractores.

Utilizando la literatura «de cabotaje» —es decir, «sin perder de vista la costa de lo íntimo»—, J. J. Benítez ofrece en *La quinta columna* una de las secuencias más completa, sugerente y sobrecogedora de los llamados «encuentros cercanos con humanoides». Toda una serie de sucesos —inéditos en su mayoría— que ratifican la realidad de otras civilizaciones «no humanas» que nos visitan y controlan y que, incluso, se hallan infiltradas en la red social como una «quinta columna».

Jamás hasta hoy un investigador había hablado tan claro y valientemente sobre los «no identificados» y su «absurdo» comportamiento.

A los investigadores «de campo»
y a sus esposas y compañeras.
Y al que Dios se la dé,
san Pedro se la bendiga...

*Yo no digo que esto es posible.
Digo que es.*

WILLIAM CROOKES, físico

SIETE AÑOS DE SILENCIO

«Anoche, 20 de febrero de 1983, cuando me disponía a reanudar la narración de los dos últimos y apasionantes “encuentros con humanoides” de este primer libro, acaecidos en Isla Cristina (Huelva) y en Villares del Saz (Cuenca), la llamada telefónica de mi buen amigo Julio Corchero, desde Valencia de Alcántara (Cáceres), me ha obligado a suspender tal empeño. Según testimonios recogidos en la población de Vegas de Coria —al norte de Extremadura—, un ser gigantesco, con una oscura indumentaria, venía siendo observado en los últimos días, sembrando el pánico entre los vecinos. En uno de los comunicados sobre el suceso, el diario *Hoy*, de Badajoz, aseguraba que uno de los testigos había fallecido como consecuencia, al parecer, de la súbita aproximación de este terrorífico gigante.

»Aquello, sinceramente, me parecieron palabras mayores. Y en cuestión de horas me lancé a las carreteras, rumbo a Las Hurdes.

»¿Llegaría a tiempo esta vez? ¿Qué me reservaba el destino en Vegas de Coria?».

Así finaliza *La punta del iceberg*, primer volumen de la serie *Los Humanoides*, dedicada a encuentros con «tripulantes ovni». Entre dicho trabajo —publicado en junio del mencionado 1983— y el que ahora me ocupa han discurrido siete años. Un lapso suficientemente dilatado como para levantar dudas y suspicacias entre los que un día tuvieron a bien depositar su confianza en este investigador. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué siete años de silencio en lo que respec-

ta a la publicación de obras sobre la temática extraterrestre? Entiendo que, antes de entrar de lleno en las aventuras que conforman esta segunda entrega, el lector tiene derecho a una explicación. Con ello, amén de enjugar bulos y rumores, trataré de segar las maledicencias que han ido brotando al socaire de «mi silencio ovni». Murmuraciones —todo hay que decirlo— desparramadas, como es habitual, por los corrosivos y malintencionados de siempre. O sea: por los «vampiros^[1]» de la ufología hispana. Una «fauna» a la que, de paso, conviene desenmascarar. Documentos confidenciales, humor y arrojo no me faltan. Pero vayamos por partes.

Decía que este temporal distanciamiento del «libro-ovni» ha suscitado las más peregrinas cábalas en torno a mi supuesta deserción del fenómeno que «descubriera» en 1972 y del que llevo publicados catorce volúmenes y cientos de reportajes. De ese racimo de especulaciones voy a contemplar —muy brevemente— las tres más ponzoñosas.

Estos parásitos de los mal llamados «objetos volantes no identificados» han propalado, en público y privado, «que mi alejamiento era de esperar. Y que, más tarde o más temprano, mi interés por los ovnis se extinguiría».

Salta a la vista que no es así. Los pocos que conocen a este «soñador, romántico y empedernido viajero», saben que en estos últimos ochenta y cuatro meses mis viajes, aventuras e investigaciones por medio mundo han sido frenéticos. El interés por un tema no tiene por qué estar en relación directa con lo que pueda difundir. Y es obvio que este planteamiento es extensivo a todo ser humano. Los escasos amigos que me ha regalado la Providencia conocen de mi pasión por la mar, la música, el cine y la poesía. Pues bien, ¿el hecho de que no haya publicado libro alguno sobre el particular significa que mi interés está sentenciado a la extinción? Estos «intoxicadores» ignoran un detalle vital. De un color o de otro, más ambicioso o más modesto, el Destino se encarga siempre de clavar en cada corazón el

estandarte de un ideal. No conozco un solo hombre que, en la medida de sus posibilidades, no sueñe y luche por algo. En mi caso, el estudio, investigación y difusión de la realidad ovni hace tiempo que ondean como una bandera. Ya ha ocurrido con otros investigadores, en estos dieciocho años mi interés por el fenómeno extraterrestre ha experimentado una —supongo— lógica metamorfosis. De aquellos iniciales y febriles momentos, en los que buena parte de mi afán se vio inmolado en un loable intento por convencer a los incrédulos, he ido desembocando en un estudio más sereno e intimista. Hoy no interesa convencer. Y mucho menos polemizar. Aquel que en verdad desea información dispone de una extensa bibliografía. Como digo, lenta y sutilmente, el complejo y ramificado «universo ovni» ha echado raíces en la trastienda de mi vida, alzándose en forma de reto. Un desafío sabiamente camuflado de horizonte interior al que, por supuesto, nunca daré alcance. Aquellos que han penetrado en la investigación de los «no identificados» saben que digo verdad. Tal y como acontece con el horizonte geográfico, cuando el peregrino cree haber llegado a él, otro paisaje, otra lejanía y otras incógnitas se levantan más allá, espoleando la curiosidad. Así, en mi opinión, es el fenómeno que me tiene fascinado. Detrás de un caso, de un aterrizaje, de un encuentro con los tripulantes, de un «contactado», etc., surgen siempre otros enigmas, otras preguntas, otros horizontes... ¿Cómo concebir entonces la sola idea de abandonar? Los ovnis, al menos para los auténticos investigadores, constituyen un camino sin retorno.

Pero sigamos con las maledicencias. Hasta mí ha llegado un segundo infundio: «Era lógico. El cansancio no perdona. Además, ya no hay casos ovni».

Doble error. Ciertamente, dieciocho años de permanente y tenaz búsqueda —con un saldo, hasta hoy, de más de tres millones de kilómetros a mis espaldas— deberían haber quebrantado espíritu y salud. Sin embargo, Dios parece

tener otros planes para este mortal. Y mis fuerzas, como todas las que se alimentan de un ideal, se hallan intactas. Si la Providencia no cambia de opinión, hay J. J. Benítez para largo... Y aprovecho el lance para descubrir a los obtusos algo que, en parte, ya he esbozado y que resulta vital para aproximarse al secreto de tan indestructible entusiasmo. Desde la «época heroica» de los ya fallecidos y nunca bien ponderados investigadores Rey Brea, Manuel Osuna, Arejula y el juez Federico Acosta he asistido a un continuo desfile de hombres y grupos que —como los hongos en primavera— aparecen y se extinguen en el mundillo ufológico. Casi siempre el «sepulturero» de todos ellos es su propio cansancio. Un agotamiento que los va minando inexorablemente y que, unido a pueriles rencillas y a la burocracia que distingue indefectiblemente a los ufólogos «de salón», les arrastra al abandono. A no ser que en la intimidad de cada uno de esos jóvenes investigadores palpite «algo más» que la simple curiosidad, el afán de notoriedad, el mimetismo o el impulso destructivo hacia lo que otros han podido descubrir, que de todo hay en los «reinos de taifas» de la ufología. Nada de ello, por sí solo, reúne la solidez y energía necesarias para mantener a un ser humano en alerta permanente —recalco lo de permanente— en la dura y difícil investigación ovni. El secreto, en mi modesta opinión, anida en un frenético enamoramiento del tema. Una pasión que no sabe de apatías e indiferencias y que, sobre todo, es capaz de poner al servicio de la investigación los muchos o pocos recursos intelectuales y materiales disponibles: tanto en tiempo como en dinero, como en imaginación, como en estudio, como en sacrificio o en tenacidad. Y todo ese caudal afectivo y material, a cambio de muy poco. Este, como el de tantos veteranos investigadores «de campo», es mi caso. Solo así puede explicarse que, a mis cuarenta y tres años, haya dado setenta y cinco veces la vuelta al mundo...

Respecto a la «escasez ovni», nada más falso y demostrativo de la ineficacia de los referidos «ufólogos por corres-

pondencia». Uno de estos «vampiros», rizando el rizo del ridículo, hacía en diciembre de 1987 unas declaraciones que, obviamente, se han vuelto contra él. Interrogado sobre los ovnis, este mercachifle de la ufología radiofónica, en la actualidad metido a curandero, pontificaba así: «Desde que Spielberg hizo E. T. se acabó. El extraterrestre pasó a ocupar su auténtico lugar en la historia: es la mitología de nuestro tiempo. Se presta a noticia de verano...». He aquí uno de los graves riesgos de cuantos «investigan de salón». ¿Debajo de qué piedra se habrá escondido este desmemoriado animador de «alertas-ovni» en las noches veraniegas españolas al tener noticia de la oleada de 1988 en Brasil o de los casos de la Unión Soviética, Francia y Cádiz en 1989 o de los recientes avistamientos en Bélgica y Roma en 1990?

Está claro. Los auténticos investigadores —los que siguen arriesgándose por los caminos del mundo— saben que estas astronaves están ahí, que sobrevuelan pueblos y ciudades y que toman tierra sin descanso. ¿Desde cuándo la Guardia Civil, la Armada o el Ejército del Aire se molestan en investigar y perseguir «mitologías»? Pero, como digo, para descubrir y rescatar esa casuística es menester despegar el trasero —con perdón— de las cómodas poltronas.

Por último, una tercera y no menos sofisticada especulación ha circulado insistentemente por los corrillos y cenáculos ufológicos, en un esfuerzo por razonar mis «siete años de silencio»: «El ovni —porfiaban convencidos— ya no es negocio».

La acusación de «mercantilista» no es nueva. La he padecido desde que surgió mi primer libro, en septiembre de 1975. Semejante calumnia solo puede proceder de aquellos que no me conocen, de los envidiosos o de los que jamás han escrito libro alguno sobre el particular. Dicen que la Verdad precisa de pocos argumentos. Pues bien, en mi caso, con uno será más que suficiente para disipar esas áci-

das dudas. De los cuatro españolitos que en la década de los ochenta tuvimos la legítima aspiración de «vivir de nuestras respectivas investigaciones», firmando sendos contratos con Planeta, solo uno continúa publicando regularmente con dicha editorial. Lamentablemente, los libros «sobre ovnis» de los señores Ribera, Faber Kaiser y Jiménez del Oso jamás llegaron a cubrir los anticipos. Y el señor Lara se vio en la lógica necesidad de rescindir los compromisos con cada uno de ellos. ¿Dónde estaba el negocio? El cuarto escritor —el «mercantilista J. J. Benítez»— estuvo a punto de correr idéntica suerte. Entre los años 1980 y 1985, los ovnis le habían reportado el fastuoso capital de casi seis millones de pesetas... de deudas. Solo la mágica y providencial irrupción de los *Caballos de Troya* terminó por borrar los «números rojos», concediéndome un respiro. Me había salvado del naufragio, sí, pero con la ayuda de la narrativa. Resulta paradójico tener que recurrir a publicaciones de diferente naturaleza para sobrevivir y, sobre todo, para continuar en la brecha de la investigación. Esta, y no otra, es la cruda verdad. El panorama —para qué andarse con paños calientes— ha sido y es tan ruinoso (al menos en lo que al mercado hispano-parlante se refiere) que en estos siete últimos años los libros aparecidos, y que abordan la fenomenología extraterrestre, pueden contarse con los dedos de una mano. Hablemos, pues, con rigor: no es el afán de lucro lo que nos mantiene en una investigación todavía minoritaria, despreciada por los círculos ortodoxos, sin subvenciones oficiales y erizada de obstáculos. Como decía el Maestro, «quien tenga oídos que oiga».

Y puestos a achicar el corazón, vayamos al problema de fondo. En un país como el nuestro —donde, si pudieran volar, los iconoclastas, mediocres y envidiosos, podrían nublar el sol—, si el batallar por un ideal suscita todo tipo de críticas, intentar vivir de él es casi un delito. Ahí les duele a los «vampiros» y «ufólogos de salón». Esa es la enfermiza y subterránea «fuente» que alumbrá todas sus murmuracio-

nes. Ellos no tuvieron el coraje de renunciar a los oficios que desempeñan para embarcarse en cuerpo y alma en la investigación que dicen defender. Y comprendo sus miedos. En 1979, cuando tomé la decisión de abandonar mi carrera como periodista para «perseguir ovnis» yo también experimenté el terror que escolta a toda situación de inseguridad. Lo que no entiendo muy bien es su ensañamiento con los que han tenido el valor de arrostrar semejante aventura. Son como el perro del hortelano. Y pretenden disimular su cobardía vistiendo el deslumbrante ropaje del rigor, de la seriedad científica y de la crítica destructiva. Creo que era Francisco de Sales quien aseguraba que «la ciencia nos deshonra cuando nos envanece o degenera en pedantería». Escuchando las sentencias o leyendo los «pontificales» y aburridos escritos de estos amargados, uno rememora aquella sabia afirmación de Tolstói: «Dentro de algunos siglos, la historia de eso que ahora llamamos actividad científica del progreso será un gran motivo de hilaridad y de compasión para las generaciones futuras». Seamos honestos. ¿Es que en verdad sabemos algo del fenómeno ovni? Los investigadores «de campo» lo perseguimos sin descanso, acumulamos un máximo de documentación, lo estudiamos e, inevitablemente, apuntamos conclusiones. Pero ¿quién puede ser tan insensato como para «pontificar y sentar cátedra» al respecto? Este complejísimo tema —al menos por el momento— no es compatible con las computadoras, por mucho que se empeñen los ufólogos «de salón». Estamos ante una realidad múltiple, esquiva, que trasciende las fronteras de la lógica y me atrevería a decir que los insondables límites del propio espíritu humano. Cada caso es diferente. Irritantemente distinto. ¿Cómo introducir entonces lo absurdo, lo mágico, lo invisible, lo tecnológicamente sublime, lo ilógico y lo desconocido en el banco de datos de un ordenador? Estamos, quizá, ante un desafío que demanda tiempo, paciencia, estudio, investigación y, por encima de todo, humildad. Por eso me identifico

y me siento cómodo con los modestos, tenaces y valientes investigadores «de campo». Ellos, en silencio, construyen; no destruyen. Ellos, con sacrificio, van levantando —piedra a piedra— lo que algún día será un magnífico edificio capaz de albergar a una Ciencia positiva. Una Ciencia con «conciencia». Que este libro esté dedicado a hombres como Mateo Nogales, Julio Marvizón, Saturnino Mendoza, Paco Padrón, Andrés Gómez Serrano, Julio Arcas, Bruno Cardenosa, Rafael Vite, Luis Jiménez Marhuenda, Carmen Pérez de la Hiz y al resto de los investigadores regionales no es casualidad.

Y una vez destilado mi espíritu, regresaré a la cuestión inicial: ¿a qué obedecen entonces estos siete años de «silencio-ovni»?

Acabo de mencionar la palabra «casualidad». Pero creo que debería haber utilizado un término más justo y apropiado: «causalidad». He aquí una de las lecciones aprendida en mi estrecho contacto con el asunto ovni. Y soy consciente de que me introduzco en un terreno resbaladizo, de difícil demostración y en el que uno debe caminar con los bastones de la intuición. Pero estoy convencido de ello y, en consecuencia, seré honrado conmigo mismo: nada es azar.

En principio, y según mi corto entendimiento, este vacío informativo fue provocado por dos razones «de peso», a las que servidor ha añadido una tercera, digamos de menor calibre. Todas, en suma, han resultado positivas. Pero antes de pasar a exponerlas, permítaseme una pincelada previa acerca de un fenómeno que —espero— iré desmigando en el transcurso de próximas narraciones. Sé que los hipercríticos, «vampiros» y demás ralea sonreirán malévolos al tener conocimiento de este audaz y «poco científico» hallazgo. Me trae sin cuidado. La cuestión es que, tras años de observación y después de contrastar mis experiencias con las acumuladas por otros investigadores «de campo», estoy persuadido de que todos los que nos hemos entregado a este noble empeño de abrir camino en la jungla-ovni nos

hallamos sutil pero férreamente «controlados». Para los creyentes en un Dios, semejante insinuación puede resultar obvia. Ciertamente —desde ese prisma religioso—, los seres humanos disfrutaban de la tutela o protección de un «ángel guardián». Pero no estoy hablando de religión. Mis palabras llevan otro sentido. Han sido tantos los hechos puntuales —extraños y misteriosos— que he registrado y sigo observando a lo largo de mis correrías que no puedo por menos que creer en la «presencia-existencia» de unos «seres-entidades» (las palabras me limitan), definitivamente asociados al fenómeno ovni, y que «cuidan-velan-conducen-protogen» cada uno de los pasos de los investigadores. Como escribe Novalis, «el azar no es inescrutable; también está regido por un orden». No puede ser casualidad que quien esto escribe abandonara un día los pinceles para ingresar en la Escuela de Periodismo, renunciando así a lo que él consideraba su verdadera vocación. No es azar que fuera «entrenado» durante veinte años en la dura y noble profesión periodística. No es gratuito que en 1972 un redactor-jefe lanzara sobre su mesa de trabajo un teletipo con la noticia de un aterrizaje ovni, eclipsando el futuro profesional de aquel reportero. ¿Es que resulta «normal» que dos años más tarde, enganchado ya a la investigación, recibiera mi «bautismo de fuego», contemplando dos ovnis en un desierto peruano? ¿Es casual que a partir de esa fecha —7 de septiembre, día de mi cumpleaños— mis esquemas y parámetros mentales girasen ciento ochenta grados? ¿Obedece al azar que a los doce meses justos publicase mi primer libro? ¿Y qué pensar de lo acaecido cuatro años más tarde cuando, con la oposición de propios y extraños, decía adiós al periodismo activo y a un puesto de trabajo para embarcarme en lo que muchos calificaron de «locura y fórmula infalible hacia el desprestigio»? Comulgo con Lessing: «La palabra azar es una blasfemia». Y algún día, añadido por mi cuenta, será borrada de los diccionarios. ¿Por qué la mayor parte de los investigadores del fenómeno ovni (por no

entrar en el de la parapsicología) tiene en su haber singulares vivencias —muchas de ellas durante la infancia— protagonizadas por «luces», «seres de aspecto más o menos inmaterial» o misteriosos «encuentros» con naves y tripulantes similares a los que hoy pesquistan? ¿Quién puede atribuir a la casualidad los profundos, certeros y concienciadores *films* sobre extraterrestres de Steven Spielberg? ¿No resulta harto sospechoso que se «estacionara» un ovni sobre la vertical del futuro genio del cine cuando solo contaba nueve años de edad? Para qué sofocar al lector. La lista de «casualidades» es interminable.

Este paréntesis —de mayor trascendencia de lo que el lector puede imaginar— guarda las claves que, siempre desde mi perspectiva, justifican ese anormal «silencio de siete años». En dos oportunidades me rebelé contra dicha situación, empeñándome en escribir. El trabajo fue bruscamente abortado en ambas ocasiones. En aquellos momentos (1983) y en los años sucesivos disfrutaba de prioridad absoluta otra «misión». La vida de Jesús de Nazaret. Como siempre —torpe de mí— necesité tiempo para comprenderlo. Era la primera razón «de peso». Y aunque me fue dado proseguir y avanzar en las investigaciones «de campo», lo cierto es que el hecho físico de sentarse a escribir sobre tal menester quedó sólidamente bloqueado. Pude alternar los *Caballos de Troya* con otras materias, pero jamás con los ovnis. Y lo más desconcertante es que ardía en deseos de reencontrarme con mi «hijo favorito». Poco a poco —merced a ese distanciamiento— fui entrando en una saludable fase de reflexión. Ahora lo veo con claridad. Todo investigador —sea cual fuere su especialidad— precisa de un alto en el camino. Y con más razón si el objetivo de su trabajo escapa a los límites de la realidad conocida. En sus *Máximas y reflexiones*, Goethe esgrime una frase que todo ufólogo debería grabar en su memoria: «Somos tan limitados que creemos tener siempre razón». He aquí la segunda justificación «de peso»: mi grueso caudal informativo —fru-

to de once asfixiantes años de «persecución ovni»— amenazaba con reducirme a un insaciable devorador de casos. Era obligado levantar el pie del acelerador y meditar serenamente. Un máximo de información no proporciona siempre la Verdad. En el mejor de los casos, solo una parte de esa Verdad. Y aunque, como fue dicho, sé de antemano que jamás acariciaré la «verdad-ovni», ese providencial «viaje» a la galaxia de los pensamientos me serviría para modificar el rumbo. La singladura del J. J. Benítez recopilador de casos había terminado. Debía permanecer en la investigación y difusión, sí, pero cambiando de derrota. Apuntando más alto. Comprometiéndome. He recibido indicios y pruebas suficientes como para dar ese paso. Eso sí: que nadie espere revelaciones traumáticas o sensacionales. Lo poco o mucho que haya podido captar —siempre sujeto a revisión, naturalmente— es sencillo. Y sé también —como decía Graf— que para darse por satisfecho con lo sencillo se necesita un alma grande. De ahí que estas atropelladas vivencias vayan destinadas a los que gozan de la virtud de engrandecer lo pequeño.

En cuanto a la postrera razón de tan espeso silencio — aunque de menor envergadura— resultaría igualmente fructífera y significativa. En realidad podría ser catalogada de mera anécdota, nacida a la sombra de las dos grandes razones. ¿Por qué no aprovechar ese tiempo de obligado retiro y reflexión para consolidar un «experimento» que había activado en diferentes oportunidades? Adivinaba el resultado, pero, en beneficio de la imparcialidad, borré antiguos prejuicios, partiendo de cero. El planteamiento era simple. Quizá estaba equivocado al calificar a determinados individuos de ufólogos «de salón». Quizá, concediéndoles un margen de tiempo razonable, llegarán a sorprendernos con el «levantamiento» de importantes e inéditos casos ovni. Y esperaré siete años...

El balance no ha podido ser más dramático. Mientras los investigadores «de campo» seguíamos enriqueciendo la